

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

1996

DEBATES POLITICOS

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL / N° 14 / 1996



SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
1996

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL N° 14
1 9 9 6

Esta obra ha sido impresa con la colaboración de las Facultades de Derecho de las siguientes Universidades: Universidad Adolfo Ibáñez, Universidad Austral de Chile, Universidad Católica de la Santísima Concepción, Universidad Católica del Norte, Universidad Católica de Temuco, Universidad Católica de Valparaíso, Universidad Central, Universidad de Concepción, Universidad de Valparaíso, Universidad de Las Condes, Universidad La República, Universidad del Mar, Universidad Diego Portales y Universidad Internacional SEK.

©

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social

ISSN — 0170 — 17881

Diseño Gráfico: Allan Browne Escobar.

Impreso en EDEVAL,
Errázuriz 2120 - Valparaíso

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

1996

DEBATES POLITICOS

SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA

JURIDICA Y SOCIAL

DIRECTORIO

(1995 - 1997)

Antonio Bascuñán Rodríguez, Antonio Bascuñán Valdés, Jorge Correa Sutil, Jesús Escandón Alomar, Pedro Gandolfo Gandolfo, Fernando Quintana Bravo, Nelson Reyes Soto, Agustín Squella Narducci y Aldo Valle Acevedo.

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social tiene su domicilio en la ciudad de Valparaíso. La correspondencia puede ser dirigida a la Casilla 211-V, Valparaíso.

PRESENTACION

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social se complace en presentar el N° 14 de su Anuario de Filosofía Jurídica y Social. Esta obra se edita ininterrumpidamente desde 1983 y el presente número corresponde al año 1996.

Como es habitual, el volumen se inicia con la sección "Estudios", en la que se incluyen trabajos de distintos autores acerca de temas de interés en el campo de la filosofía jurídica y social.

Sigue a continuación la sección "Debates", en la que se reproducen los textos de dos discusiones públicas que tuvieron lugar en la prensa nacional durante 1996, una sobre el liberalismo y otra sobre las relaciones entre ética y legislación. Concluye esta sección con un trabajo crítico de Manuel Manson, titulado Democracia, moral y verdad.

En la sección "Documentos" se publican Las tareas de la filosofía, texto de N. Bobbio, N. Abbagnano y A. Banfi; La idea de la pureza de las ciencias sociales, de Alf Ross; Positivismo jurídico y doctrina del derecho natural, de Hans Kelsen; y La concepción de Libertad-poder de Friedrich Von Hayek, del filósofo chileno Jorge Millas.

Por su parte, en la sección llamada "Aniversarios", se reproducen contribuciones de Manuel Manson acerca del cuarto centenario del nacimiento de Descartes, del cincuentenario de la publicación de la obra de García Maynez La axiomática jurídica y el derecho de libertad, y de los 350 años del nacimiento de Leibniz y de los 100 años de la publicación de la obra Prolegómenos a la lógica pura.

RECENSIONES

FERNANDO LOLAS: *Ciencia y Sociedad*, Editorial Universitaria, Santiago, 1995 *.

¿Por qué acepta uno intervenir en la presentación de un libro? Siempre he pensado que para una pregunta semejante puede haber ciertamente varias respuestas.

La primera, que nos gustan los libros, así, en general, que nos gustan más que otras cosas o productos que salen también de las manos de los hombres, de su inteligencia, de su sensibilidad, y que tejen eso que llamamos cultura, o sea —según la hermosa expresión de Radbruch—, que forman todo lo que somos capaces de levantar entre el polvo y las estrellas.

La segunda razón por la que uno acepta intervenir en la presentación de un libro, más plausible, claro está, que la anterior, puede ser la de que a uno le gusta, en particular, el determinado libro que se trata de presentar.

Con lo anterior quiero decir simplemente que cuando a uno le gustan los libros y gusta además de un libro en particular, tiene ya dos buenas razones para decidirse a hacer la presentación de esa obra determinada que atrae nuestra atención.

Una tercera razón es que nos gusta el tema del libro o que tengamos con la materia de que trata algún vínculo o predilección más fuerte que la que admitiríamos por otros temas o asuntos.

En fin, una cuarta razón —y pueden ustedes estar tranquilos, porque no mencionaré todas las razones que se pueden tener para

* Palabras leídas en la presentación del libro "Ciencia y Sociedad", de Fernando Lolas, el 13 de septiembre de 1995, en la Editorial Universitaria de Santiago.

presentar un libro, dado que alguna de ellas podrían ser inconfesables—, un cuarta razón, digo, aparece cada vez que el autor del libro nos interesa especialmente y que, por lo mismo, sea en consideración a sus méritos o atributos que aceptamos el encargo que se nos hace.

Tengo que decir ahora que en el presente caso, además de mi gusto por los libros en general, concurren también, con fuerza, todas las otras razones o motivos que hemos señalado previamente.

Es verdad que me gustan los libros más que otras cosas, porque son fuente de conocimiento, pero también, en especial tratándose de literatura de ficción, fuente de consuelo para la rutina y el dolor de la existencia.

Pero también es cierto que me gusta este libro en particular, que su tema me atrae y que en cuanto a su autor, por último, me parece alguien definitivamente estimable por sus condiciones intelectuales y humanas. Fernando Lolas es un hombre con atributos, diríamos apropiándonos del título que Robert Musil dio al más largo de sus relatos, y entre sus atributos no es ciertamente el de menor importancia que se trate de un hombre que piensa bien, ágilmente, y que acostumbra a escribir lo que piensa y luego finalmente a publicarlo.

Una prueba más de todo ello es su libro "Ciencia y sociedad", que hoy nos convoca.

Se trata, como ustedes comprobarán por sí mismos luego de su lectura, de una obra que es fruto de lo que el propio Fernando Lolas llama un "conocimiento fragmentario", no propiamente por incompleto, sino, según creo, porque progresa por fracciones, por onzas, podríamos decir, para sugerir que aquí vale más la calidad que la cantidad. Es un libro, entonces, constituido por artículos, por un buen número de artículos que a la atractiva diversidad de sus temas suman la circunstancia también feliz de ser concisos, breves, directos —como saetas—, aunque en ningún caso superficiales ni ligeros.

Una parte significativa de esos artículos se refieren a la ciencia, a la pequeña y a la gran ciencia, a la importancia de una y otra,

a sus vínculos con el mundo de la política, de la técnica, de la innovación, de las comunicaciones, de la realidad en general.

No estoy en posesión de títulos suficientes como para hablar con la debida propiedad sobre un tema semejante —la ciencia—, aunque me gustaría aprovechar este momento para compartir con ustedes un par de preocupaciones sobre la materia.

Nadie duda de que el país está hoy necesitado de prontas y urgentes decisiones en cuanto a su política científica, aunque por momentos desconcierta lo que yo al menos percibo como una cierta descoordinación de esfuerzos e iniciativas en tal sentido. Nadie, ningún organismo en particular tampoco, puede hacer ese tema suyo por entero, ni, menos aún, pretender excluir del diseño de una política científica a las demás personas e instituciones que de hecho se encuentran vinculadas al problema. Por momentos, sin embargo, pareciera que la multiplicación en este caso de Comisiones, Comités, Consejos, Academias, grupos parlamentarios, etc., estuviera conspirando más que colaborando con el propósito de conseguir el diseño de una inteligente política científica.

Más grave todavía que una mera descoordinación de tales actores podría ser el hecho de que esta multiplicación de iniciativas pudiera responder antes a una cierta demarcación de intereses y perspectivas diferentes que se agrupan cada cual por su lado, que a una estrategia conducente a un punto en el que esos intereses y perspectivas se encontraran y articularan útilmente entre sí.

Quiero decir que esos Consejos, Comisiones, Comités que hoy parecen activamente preocupados en nuestro medio del tema del desarrollo científico, podrían no hallarse a la búsqueda, en conjunto, de la política que precisamos y de los instrumentos que la pongan en marcha, sino que cada uno de ellos podría tener una idea por cierto distinta de lo que deben ser esa política e instrumentos y procuraría entonces movilizar su influencia institucional para ganar un partido a unos adversarios que en verdad deberían estar jugando todos por un mismo equipo.

Yo no sé si un país tan pequeño y relativamente homogéneo como el nuestro puede permitirse en esto el lujo de una atomización semejante. Una atomización, en suma, que neutraliza en cierto mo-

do las distintas influencias y posterga indefinidamente la necesaria toma de decisiones.

Creo y valoro la diversidad como una de las pruebas más confiables acerca de que se vive realmente en una sociedad libre. Pero la diversidad no es mera existencia aislada de personas e instituciones distintas que se miran unas a otras con desconfianza, sino el concurso, la concurrencia entre todas ellas.

Preocupa también, al menos desde mi punto de vista, lo que se percibe como una cierta desvalorización de la investigación, de la pura y simple búsqueda y renovación crítica del saber, y su reemplazo por un afán inmediatista que procura dar sólo el tipo de respuestas que interesan a los agentes que se encargan de la producción de bienes y servicios, esto es, a los creadores de la riqueza material de la nación. ¿Se transformarán los científicos y los centros y universidades en que realizan su trabajo en poco menos que departamentos de estudio de la empresa, siguiendo sólo los compases del crecimiento económico general o incluso el del simple lucro de los propietarios de tales empresas?

Veo con preocupación lo que percibo también como un creciente desinterés por la investigación básica, e incluso por la de tipo aplicada, y una fascinación oportunista, pero también algo ingenua y obsesiva, por un tercer peldaño —el de la innovación—, que es ciertamente legítimo y también necesario, pero que parecería estar sobreponiéndose peligrosamente a los otros dos.

Así, me parece un destino francamente poco halagüeño que en el futuro el prestigio de un científico, así como su real influencia, puedan llegar a depender antes de las patentes que consigan inscribir que de las páginas que logre publicar.

Por otra parte, al tratar Fernando Lolas en uno de los artículos de su libro sobre ciencia y política, nos recuerda, valiéndose de mínimos pero certeros ejemplos históricos, que el Estado, y más ampliamente el poder político, han sido y son para de la ciencia mecenas, patrón o cliente. Mecenas cuando ese poder meramente recompensa la labor de los científicos; patrón, cuando los emplea; cliente, en fin, cuando compra los resultados de su actividad; aunque lo más probable es que la relación entre la ciencia y el poder político

no haya sido nunca perfectamente unívoca y que dicho poder se desplace constantemente entre esos tres diferentes papeles.

Cada vez que el Estado actúa frente a la ciencia como simple mecenas, ésta parece reducirse por su parte a un mero divertimento, a algo que se practica por placer, pero a ratos perdidos, mientras se cuenta con la buena voluntad y hasta con el buen humor de los benefactores.

Cuando el Estado es patrón de la ciencia, el riesgo es otro: la burocracia, cuando no la mutilación de la libertad de que debe disponer todo científico en su trabajo.

Y el Estado cliente, en fin, empuja a la ciencia hacia la empobrecida condición de un bien más de mercado.

Un justo equilibrio pide razonablemente el autor de nuestro libro entre mecenazgo, burocracia y mercado, aunque pienso que deberíamos advertir acerca de otro peligro que a mi juicio acecha hoy a la actividad científica y al lugar en el que de preferencia ella se desarrolla, las universidades.

Me refiero a esa inercia que provoca lo que podríamos llamar el Estado observador, el Estado que cree que todo lo más que hay que hacer desde los poderes públicos es contemplar la realidad y, acaso, promover análisis y discusiones en torno a ésta, pero no hacer nada por concurrir prudentemente a conformar esa realidad en algún determinado sentido.

Es el Estado, en otras palabras, que se limita a registrar cuáles son las tendencias en un momento dado, pero que se resiste a hacer sus propias opciones, que está entonces más preocupado de saber cuál es el curso que de hecho llevan las cosas que de imaginar el curso que sería deseable que llevaran a partir de cierto diagnóstico y de los propósitos que deben animar la gestión de todo gobierno.

Todo aquél que debe tomar decisiones de interés común, como acontece con los poderes del Estado, está siempre puesto ante la alternativa de plegarse a lo que sean las tendencias del momento o de efectuar opciones que puedan desplazarlo un tanto fuera del cauce que llevan las tendencias en el campo o materia de que se trate.

Si utilizamos un esquema posiblemente algo simple a este respecto, podríamos decir que las tendencias son las preferidas del hombre que se dice realista y pragmático que no quiere ir contra

la corriente, en tanto que las opciones resultan atractivas para el sujeto que valora los ideales antes que los puros hechos y que se muestra consiguientemente dispuesto no tanto a establecer lo que las cosas son, sino lo que éstas deben ser. Así, el amigo de las opciones suele ser también amigo de los argumentos; en cambio, el partidario de seguir las tendencias exhibe antes estadísticas que auténticas razones.

Tuvimos momentos de nuestra historia en los que predominó una fuerte predilección por las opciones antes que por las tendencias, épocas en las que, por lo mismo, parecíamos más preocupados simplemente de soñar un mundo mejor que de atender a las reales posibilidades de materializarlo. Pagamos ciertamente caro el hecho de haber soñado a veces a espaldas de la realidad y de los límites y condiciones que ésta impone. En la época actual, sin embargo, la balanza pareciera estar claramente inclinada en favor de las tendencias y casi todo, por lo mismo, trata de ser resuelto atendiendo al curso que de hecho llevan las cosas antes que a aquél que sería deseable que llevaran. Hemos así rebajado la importancia de nuestros sueños y llegado a veces incluso a sospechar de éstos y a ocultarlos ante los demás o a renunciar derechamente a ellos.

Mi pregunta ahora es si acaso no vamos a pagar en algún momento un precio también demasiado alto por esta manía de turno que consiste en creer que cada vez que vamos a decidir un asunto público lo que hay que hacer es simplemente seguir la dirección que marcan las tendencias y eludir todo análisis razonado y libre que nos pudiera conducir a una opción diferente.

No quiero exagerar, pero creo que todos sabemos qué ideología hay detrás de un Estado meramente observador, y es inquietante, asimismo, que tantos intelectuales de nuestro tiempo hayan caído alegremente en la trampa de creer que lo que vivimos no es el imperio de esa determinada ideología de turno, sino el fin de todas éstas. Claro: si usted va ganando en un momento dado el partido de las ideologías, nada más favorable para sus pretensiones de un triunfo definitivo que anticipar el silbato final del encuentro después de haber convencido al árbitro y sus contrincantes de que no tiene ya más sentido continuar el juego.

Los gobernantes acostumbran valerse de ciertos lemas. Gobernar es educar fue uno de ellos. Mi temor hoy es que ese enunciado vaya a ser reemplazado, sino lo fue ya, por otro muchísimo más cómodo: gobernar es observar.

Me he tomado mucho tiempo en estas disquisiciones y se me acaba ya el que razonablemente debo disponer al intervenir en un acto de esta naturaleza. Pero ¿cómo no reparar, aunque sea por un instante, en que Fernando Lolas, en íntima conexión con todo lo anteriormente expresado, discurre en otro de sus artículos sobre profecía, utopía y pronóstico, las tres formas que tenemos de hablar acerca del futuro y que se corresponden, respectivamente, con las esferas simbólicas de la religión, la filosofía y la ciencia?

La religión profetiza, mejor aún, da cuenta con incommovible certidumbre de la revelación, del plan que Dios habría trazado para el hombre y el universo. En cambio, la filosofía sueña, construye un lugar deseable y distante en pos del cual tenemos luego que ponernos en marcha. La ciencia, en fin, pronostica, trata de ver, como decía Comte, para prever, y, a la vez, procura prever para proveer.

Por mucho que tantas preguntas de la religión hayan pasado más tarde al canasto de la filosofía y de ahí al de la ciencia, por mucho, como sostiene Isaiah Berlin, que la historia del progreso humano consista en ir vaciando progresivamente la canasta de las preguntas filosóficas para hacer de ellas cuestiones que pueden ser contestadas en sede puramente científica, lo cierto es que siempre subsistirá así no más sea un pequeño pero rotundo círculo de preguntas que permanecerán en los dominios de la filosofía y, aún, en los de la propia religión. Nunca podremos vivir sólo de pronósticos; necesitaremos también de las utopías, en tanto que la nostalgia de Dios, por definitiva que sea su ausencia, o apenas su silencio, continuará reverberando, creo yo, en el corazón impaciente y desconcertado del hombre.

Tomo ahora, ya para concluir, el artículo de Fernando Lolas sobre "Seguridad y libertad".

Claro, se dirá, uno toma de la totalidad del libro aquellos artículos o partes que siente más próximas, pero la verdad es que uno apenas puede hablar de lo que sabe, o, siquiera, tan sólo de lo que conoce.

Las sociedades quieren libertad, pero no al precio del orden y de la seguridad. Quieren también seguridad, pero se oponen a que se las brinden como simple canje de sus libertades.

El propio Andrés Bello, un conservador con rasgos liberales, lo que equivale a decir un conservador fino e ilustrado, receló de los espíritus asustadizos que miran el trabajo científico y literario como fuente de peligros políticos y morales y que no querían que la razón desplegara jamás las velas, aunque llamó también a combinar la búsqueda razonada de lo ideal y su adaptación a los límites de lo posible. De este modo, y vale la pena tenerlo presente hoy, ya en los momentos fundacionales del Estado surge entre nosotros una voz que invita a alejarnos tanto del anarquismo, que desprecia el orden social en beneficio de una expansión sin límites de la libertad individual, como de las diversas formas de despotismo que, por su parte, optan por restringir la libertad de los ciudadanos, cercenándola a veces en sus mismas raíces, con el pretexto de mantener a todo trance un determinado orden social.

Ni sacrificar, pues, cándidamente el orden a la libertad ni dejarse tampoco llevar por el terror a la desintegración y propiciar el sacrificio de la libertad en nombre del orden y la seguridad.

Equilibrio, otra vez: he ahí el camino. Pero ya sabemos que en lo que atañe a las cosas del hombre y de la sociedad el punto del perfecto equilibrio es apenas una analogía y siempre una ficción.

Lo que a mí me preocupa de nuestra sociedad, como por lo demás dio ya prueba de ello casi por dos largos decenios, es que se muestre tan dispuesta a izar con prontitud el estandarte de la libertad cuanto a bajarlo con igual celeridad al menor asomo de desorden, cuando no de simple diversidad. Si algo tenemos que aprender de los últimos decenios, a mi juicio, es que una sociedad madura precisamente en el momento en que no se muestra ya más dispuesta a canjear el valor fundamental que dice preferir —la libertad— por el del simple orden. La libertad, dijo Azaña en plena República española, no hace más felices a los hombres, simplemente los hace más hombres.

“El mérito de la democracia —escribe Lolas— es combinar libertad y seguridad”, y he ahí otra de las razones que pueden exhibirse para preferir a aquella como la más deseable de las formas de

gobierno, la única, por lo demás, donde la ciencia puede florecer y desarrollarse sin que se la haga poner de rodillas al pie de las verdades oficiales o de las mal llamadas razones del Estado.

Cuidar la democracia es cuidar la libertad; cuidar la libertad es cuidar la ciencia; cuidar la ciencia, en fin, es cuidar el porvenir; estar atentos al futuro, por último, es signo de lo que llamamos la condición humana. Todo eso se aprende, o cuanto menos se recuerda, gracias a la lectura de un libro que su autor ha puesto ahora a nuestro alcance gracias a la edición preparada por la Editorial Universitaria. Un libro, además, que nos recuerda también la justa condición de su autor como miembro de nuestra Academia Chilena de la Lengua, porque se trata de una obra escrita con soltura y que despidió a cada instante esa humedad inconfundible que se percibe invariablemente en la prosa de auténtica excelencia.

De los artículos que el libro recoge, según cuenta el autor, éste ha recibido, “críticas benévolas, malévolas, bienintencionadas, envidiosas, positivas, ingeniosas, descuidadas y del más diverso origen”. Yo quisiera que de mi presentación se dijera simplemente que se trata de un comentario bastante imperfecto, aunque hecho desde la complicidad, o sea, desde la cooperación, y no porque este libro o su autor la necesiten, sino porque todo libro que presentamos pasa también de algún modo a pertenecernos.

Tenemos que agradecer entonces a Fernando Lolas por el presente que significa su libro, aunque yo, en particular, debo además agradecerle por esa **mayor** pertenencia que reconozco respecto de él al haberseme dispensado la oportunidad de intervenir en su presentación.

AGUSTIN SQUELLA